

"Gobernabilidad para el desarrollo. El rol del capital social y del voluntariado"

Por Alicia Cytrynblum*

El cambio de gobierno en la Argentina -un país que ha ocupado con noticias muy negativas las primeras planas de todos los medios de comunicación del mundo durante tanto tiempo- es un buen punto de partida para replantear cuál es el papel de los voluntarios y de las organizaciones sociales en la democracia y cómo debemos cumplir ese rol de un modo más efectivo orientados hacia la gobernabilidad. Es un buen momento para evaluar cuál fue nuestro papel en la crisis y para poner blanco sobre negro todo lo aprendido de este proceso. De ver qué cosas que hacemos como sector social debiéramos cambiar para tener más incidencia en las políticas públicas y, por supuesto, en el fortalecimiento democrático. Antes de entrar en tema, quisiera acercarles un pequeño panorama del mapa del voluntariado en la Argentina. Según un estudio de Gallup del año 2002, hay en el país 3.500.000 de voluntarios que trabajan en forma sistemática en organizaciones de bien público. Pero que llegan a ser 9 millones las personas que motivadas por algún hecho realizan tareas voluntarias al menos una vez al año. Estos últimos representan la friolera del 40 por ciento de los adultos argentinos. En las dramáticas inundaciones de la provincia de Santa Fe se movilizaron 37 donantes por cada damnificado. Cinco millones de argentinos se lanzaron a hacer donaciones sin que medie ninguna convocatoria oficial. **De ellos no se habla en la prensa internacional. Paradójicamente, en ellos radica la esperanza de la Argentina y de la región.**

La masividad de este fenómeno solidario nos debe hacer pensar por qué tanta energía social no es suficiente para asegurar democracias robustas, o mejor aun, nos debe hacer reflexionar sobre cómo lograr, a partir de este enorme capital humano, que este fenómeno gravite en una mejor calidad de democracia y como consecuencia en una gobernabilidad posible y duradera.

En esta línea los invito a repasar el mismo concepto del tercer sector. La división hipotética de la sociedad en tres grandes sectores implica roles diferenciados y en equilibrio inestable. Es decir, esta concepción incorpora al poder como un componente fundamental. Propone una ecuación donde el juego de poder, es decir la habilidad de cada uno de los tres

actores para hacerse valer define el tipo de sociedad que resulta e instala los valores que la rigen: En la última década del siglo el mercado fue el actor que resultó fortalecido luego del Consenso de Washington. De ese modo los valores de la competencia y el individualismo tomaron la escena por completo reemplazando los valores del proteccionismo y el bienestar generalizado propios del Estado, actor hegemónico de las décadas anteriores.

Un pequeño ejercicio de imaginación ayudará a visualizar la organización social moderna desde la perspectiva del Tercer Sector. Si representáramos a la sociedad como una mesa de tres patas, el tercer sector sería uno de los tres pilares de la mesa mientras que el Estado y el mercado representan los otros dos soportes.

No hace falta ser carpintero para saber que tres es el mínimo número de patas para que una mesa se mantenga en pie. Es decir, el tercer sector, o sea, los ciudadanos organizados, ejercen un arbitraje que es fundamental para que la sociedad no sólo sea estable, sino incluso, posible.

En la Argentina, como en gran parte de América latina, el sector social *-un actor social muy joven y en proceso de maduración-* ha sido excluido de las decisiones importantes que se tomaron durante los noventa. En este tiempo las organizaciones sociales sólo aparecieron como parche de las responsabilidades de la salud, la educación y la contención social que el Estado abandonó abruptamente. Incluso, muchas de ellas se crearon para dar respuesta a la demanda insatisfecha en esas áreas. De ese modo, con las organizaciones ocupadas en atender la urgencia, el contralor necesario -que promueve la defensa de los derechos de los ciudadanos- no estuvo presente en el momento de asentar las bases del modelo económico que diezmó nuestras economías. La ausencia del poder fiscalizador del tercer sector y de la justicia permitió una salvaje corrupción que tuvo como único fin vulnerar los derechos sociales. ¿El objetivo? permitir a una pequeña minoría retener todos los beneficios. **Finalmente, la mesa apoyada en sólo dos patas sucumbió en Buenos Aires a la ley de gravedad en diciembre de 2001.**

Lo que pase en el futuro, **la tan mentada gobernabilidad**, dependerá de la firmeza con que el sector social asuma su rol histórico y se establezca como férreo defensor de los derechos sociales ante el Estado y el mercado. Vale recordar que este proceso que describimos para la Argentina es compartido por toda la región donde casi todos los países de Latinoamérica han atravesado los mismos procesos: violencia política en los setenta seguido de dictaduras militares. La consecuente destrucción del tejido social que impuso el terror en esos años paralizó cualquier

respuesta social que permitió –poco tiempo después– la instalación de un modelo económico que destruyó las industrias nacionales y retrotrajo dos décadas las economías regionales hasta que hoy hemos vuelto al punto de inicio: nuevamente somos “El granero del mundo”, es decir, exportadores de poco valor condenados a la pobreza.

El desafío al que nos enfrentamos como región es mayúsculo. Una posible salida a la crisis es revalorizar puertas adentro nuestras potencialidades en capital humano y social. El primer paso para que esto sea posible es, justamente, recuperar el equilibrio social. Para ello se necesita que las organizaciones y líderes del tercer sector estén dispuestos a asumir con toda plenitud su compromiso social no sólo para con la población excluida sino también con las instituciones de la democracia. Es importante que reconozcan la necesidad de crear redes para generar la escala suficiente que les permita ser reconocidos en la mesa del poder, y de ese modo ser capaces de expresar tanto capital humano y social que se esconde en los barrios y en los pueblos de todo el país. Para ello las organizaciones y sus líderes deben madurar en sus propuestas y lograr -esta vez por consenso- establecer como prioritarios los valores sociales y humanos ante sus otros dos compañeros de viaje. Con ese fin, una de las tareas pendientes es la de valorizar el trabajo voluntario. El tercer sector se debe preocupar por que los voluntarios no sean percibidos únicamente como la expresión solidaria de gente bien intencionada, sino que debe mostrar que el trabajo de millones de voluntarios es nada menos que el compromiso social de la ciudadanía con el destino de su país.

Tenemos mucha tarea por delante, pero es una tarea compartida. Si en su momento el centro de la escena fue ocupada por el Estado y luego por el mercado, algunos pensaran que llegó el momento de lo social, y así es. Pero no como actor excluyente de los intereses de los otros dos sino por el contrario, como tema central de las Alianzas y del consenso. El sector público debe entender que la necesidad de sumar a las organizaciones sociales en las decisiones de peso no debe ser una dádiva generosa o clientelista sino que responde a una clara necesidad de sustentabilidad de la democracia y como consecuencia de su misma supervivencia. Sin una base social sólida y fortalecida el Estado y los actores políticos no tienen el sustento para su convalidación ¿Y el mercado? Si el mercado es serio debe comprender que, a mediano plazo, el mejor negocio de las empresas es la inclusión social y nunca la exclusión que deja al borde del colapso no sólo a millones de personas sino a la economía, su base de trabajo. Es decir, la

governabilidad en la región será posible cuando se convierta en un anhelo común de todos los actores. La paz social y la gobernabilidad sólo pueden ser alcanzadas cuando se contemplen las necesidades de todos los actores. Cuando se advierta que el ser humano debe volver a ser el centro de todo tipo de política. Cuando se entienda que **bien común** implica prosperidad para todos. El concepto además encierra una advertencia: de esta definición surge que si el bien no es para todos, a largo plazo, no es para ninguno.

Santiago de Chile, Mayo de 2003.

*Directora del programa Tercer Sector